

FILOMENA & GREG & RIKKI-TIKKI & BARLOW & EL EXTRATERRESTRE

James Tiptree, Jr.

El primer extraterrestre que llegó a la Tierra permaneció setenta y dos segundos: era un teledesplazado. Describió tres desplazamientos de regreso y se apartó de la región de Lira.

—¡Caramba!—dijo después—. ¡Qué desastre! Todos envían, nadie recibe. Insistiré para que coloquen una advertencia en la Efemérides.

A continuación, la Tierra fue visitada por una bandada de xenólogos de Pluma Alta, que podían soportar cualquier cosa. "Aquí la inteligencia no ha evolucionado", informaron. "La estructura social está al nivel del más elemental ritual de incubación, con algunos aportes migratorios. Francamente, no parece apta para anidar. Un fastidioso montón de mamíferos ha azotado el lugar con conchillas rotas. De interés sólo para estudiantes de la pseudo-evolución."

Tiempo después, apareció un oscuro mimestrel y permaneció tiempo suficiente para componer una tocata para hidraulión conocida como "Los ritos nacientes en la Transmisión del día del Deporte". Durante un tiempo, la Tierra se puso un poco de moda como fuente de actualizadas captaciones de audio.

En esa época de nuestra historia, los únicos extraterrestres con residencia permanente eran los de una misión evangélica cerca de Strangled Otter, Wisconsin, y cuatro ratones-bomberos del planeta Sucio, que estaban especulando con el valor de la tierra de New York, sobre la base de que pronto el aire estaría privado de oxígeno. Había un rumor, además, de que algo o alguien estaba oculto en la planicie central de Australia.

El sistema no tenía líneas para transmisiones regulares. Sin embargo nuestro héroe, por decirlo de alguna manera, cuando llegó lo hizo con toda fanfarria en una nave privada, que indicaba que era muy rico o bien que estaba muy desesperado. En rigor, estaba las dos cosas.

Su nombre podría expresarse como una configuración de la energía y seguida de varios gestos, y aquí no tiene ninguna importancia.

Le había pedido a su sastre que le creara un soma del tipo del mamífero predominante, usando las especificaciones del viejo informe de Pluma Alta. En consecuencia, en la hora pico de una mañana de mayo, en la playa de estacionamiento del New State Department, se materializó en la forma de un joven cinocéfalo de culo pelado de cinco metros y medio de altura y brazos muy peculiares.

Afortunadamente, su biotécnico había incluido algunos ajustes optativos. Después de una breve caminata por la calle E, donde se enriquecía notoriamente la industria psiquiátrica de Washington, se zambulló en el vestíbulo de la Unión Internacional de

Trabajadores de la Vestimenta Femenina, para un rápido retoque. Emergió con el aspecto de un joven e idealizado David Dubinsky, y cuando hubo extinguido el halo se mezcló con la apresurada multitud.

Lo primero que descubrió fue que las hembras de la Tierra tenían un misterioso atractivo.

"¡Así que eso es para eso", se dijo a sí mismo. "¡Imaginen!"

Una hembra joven y flexible se estaba adhiriendo a su cuello y emitiendo temblores a través del saco derecho de Dubinsky, modelo de 1935.

—¿Quiere anidar, señora? —preguntó, mientras la multitud los empujaba contra el cordón policial. Afortunadamente, hizo la pregunta en Urdu, idioma en el cual suena notablemente parecido a "¡ayuda, ayuda!"

Ella dejó de mordisquearle el botón de la camisa y levantó la vista. El entusiasmo de él crecía.

—Eh, usted está tan agitado como yo jadeó ella—. Puedo escuchar los latidos de su corazón.

La canción gentil y salvaje le hizo estremecer, el labio inferior era un tractor perfecto.

—¡Apurémonos hasta la sombra del roble! —exultó en quechua. ¡Qué entorno! Echaba rayos, agitando el brazo libre en dirección a los carros de asalto y a los camiones de los bomberos que aullaban al pasar—. ¡Qué luces brillantes, qué tierno el canto de la sirena!

—Oh, Dios mío—dijo la muchacha; los órganos visuales irradiaban en un ámbito de 430 milimicrones. Emitió un delicioso chasquido con el labio inferior, desalojando suaves hebras de cabello—. Mire, decididamente, uno no puede hacerlo en la calle. No aquí—retrocedió para examinarlo—: ¿Usted tiene coche?

El estaba logrando el contacto telepático:

—No—sonrió.

Un altoparlante comenzó a ladrar detrás de ellos.

—San Toledo—murmuró ella.

¡Fuga! ¡Miedo! La sujetó tiernamente.

—*La dulce primavera es tu tiempo*—razonó él—. *Es mi tiempo, es nuestro tiempo, porque el tiempo de la primavera es el tiempo del amor.* Ahí voy. Soy Filomena.

—¿Oh-h-h...?—respiró ella. Eso era reconocimiento. Ya no se iba—. Soy Filomena. Lo van a aplastar —para regocijo de él, ella lo tomó del brazo y empezó a tironearlo hacia la calle 21.

—Todavía estoy confundido con este aspecto —le dijo él, acariciando un jeep de bomberos—. Falta mi equipaje.

Filomena lo apartó del jeep.

—¿Quién no? ¿Cómo se llama?

—*Un cielo así y un sol así nunca conocí*—coincidió él.

—Su nombre. No puedo recordar quién es.

—Nombre—se volvió lentamente, admirando la desértica Avenida Pennsylvania—. ¿Rex?—dijo—. ¿Rexall-Liggett? ¿Humble Oil! —todo era perfecto. La hembra estaba remolcándolo en medio de un torrente de vehículos libres, diciendo "vamos, rápido", cada vez que él se detenía para saborearlo todo. Inmediatamente llegaron a un claro con un artefacto en el medio. Parecía que ella buscaba algo. El se hamacaba en el cordón de la vereda, admirando con la boca abierta el tráfico que se arremolinaba en torno de ellos—. ¡Fantástico! Oh, qué primitivo. Qué immaculado. ¡Qué paz!—inhaló profundamente en el momento en que un ómnibus del distrito entraba en erupción a su lado.

—Oh, mi madre —ella lo alejó del cordón; una muchacha dulce.

—No quiero... no tengo ganas de encontrar mi Handkoffer. El me recordará. Suspiro —suspiró expandiéndose, espiándola con ojos de 0,43 micrones—. ¿Es usted nativa? ¿Mi nariz está derecha?—cambió un poco la nariz de Dubinsky para aprovechar al máximo el monóxido.

Los adorables labios de Filomena se abrieron tanto como sus ojos, pero no le soltó la mano.

—Eh —alguien les dijo "eh".

RT se agitó, demasiado excitado para parecer Ralph Nader. Lo llamaban RT, síncope de Rikki-Tikki, aunque algunos en White Plains pensaban que era Schuyler Rotrot, Jr.

—¿Escuchó eso? Hay un monstruo nectomorfo de noventa metros que marcha sobre la Casa Blanca. ¡La ciudad entera está en trance!

Filomena no dijo nada. RT cruzó y empujó a un enorme sujeto de cabello amarillo cuyos enormes pies con sandalias estaban apoyados sobre un banco que estaba por allí.

—Despiértate, Barlow.

En tanto Barlow permanecía inmóvil, el extraterrestre cruzó también con Filomena. Apoyó la mano sobre los dedos del pie de Barlow.

—*Qué grato para mi es dormir* —dijo él—, *porque mientras perduren la maldad y la vergüenza, no ver, no sentir es mi fortuna.* Michel-angelo.

Los ojos de Barlow se abrieron de golpe.

—¿Lo hice bien? ¿Tu canción?—el extraterrestre se sentía maravillado; confundido pero maravillado. Se volvió y dejó descansar su mano sobre la cabeza de RT—. *Cada*

emancipación es una devolución del mundo humano y de las relaciones humanas al hombre mismo. Marx, 1818- 1883. Gran excitación en la mañana crece.

—Gran excitación en la mañana crece—dijo RT débilmente, retrocediendo. Barlow se levantó. El extraterrestre dejó que su mano fuera con RT y luego se la enroscó. Estiró ambos brazos por encima de la cabeza, se puso en puntas de pie, inhaló, exhaló, se tiró un pedo, giró como un trompo e hizo chasquear los dedos. De los dedos brotaron chispas que le saltaron al cabello, que se puso rojo.

—Oh, oh, oh.

—¡NO HACER FUEGO EN EL PARQUE!

—En el borde de la acera había un patrullero. Urgieron al desconocido para que se colocara detrás del surtidor de agua.

—¿Estuvo mal?—les preguntó con ansiedad—. No veo al ornitólogo, no lo oigo. Déjenme oírlos a ustedes —suplicó, tratando de tocarles las manos.

—¡Ustedes son *Eso!* —RT gimió suavemente—. ¿No es cierto? ¿No es cierto? ¿Qué, quién, Proyecto Ozma? Ustedes saben de energía atómica; han venido a salvarnos, ¿cierto? Omidios. Miren, déjenme que les sirva de sustituto...

—Pienso que deberíamos ir a algún otro lado —dijo Barlow. Era muy alto y rollizo; el extraterrestre se estiró para mirarle la cara y luego se encogió nuevamente.

—No haga eso—chilló RT—. Rápido, un campo de fuerza, una pantalla invisible. Escuche, el impulso militar-industrial en este país por sí solo...

—Mujer, encuentra un lugar—dijo Barlow.

Durante todo ese tiempo, Filomena no había dicho nada, sino que había observado atentamente al extraterrestre, sosteniéndole la mano.

—Usted dijo algo sobre su equipaje—le recordó ella.

La sonrisa del extraterrestre languideció. Hizo un gesto amplio en dirección a Arlington.

—No hay apuro —palmeó a Barlow, a RT, sonrió nuevamente—. ¿Por qué no anidamos? *Nunca nadie susurró tantos síes diversos.*

—Oh, genial, oh, sublime—dijo RT—. Escuchen, si el abordaje de ustedes es básicamente sociotecnológico, todavía tienen que buscar factores en la escena psicoecológica.

—Mujer—dijo Barlow.

Filomena asintió y comenzó a guiar al extraterrestre por la Avenida New Hampshire, con los demás a ambos lados. Había muchísimo ruido a medida que se acercaban a la Elipse.

—Es difícil comprender que estoy realmente aquí —dijo el extraterrestre, lanzando lujuriosas miradas de soslayo—. Absolutamente intacto. Naturaleza.

—Oscilación de fuga hacia delante —estaba diciendo RT—. Atrapado por deslizamiento de entropía.

—Me siento como después de un viaje —dijo Filomena. Los introdujo en la playa de estacionamiento de la Universidad George Washington—. Sé donde guarda Greg las llaves del coche.—La siguieron por un sendero sin pavimentar y encontraron el Toyota de cuatro puertas de Greg, que apenas pasaba las rodillas de Barlow. Filomena se agachó y empezó a tantear bajo la esterilla del asiento trasero. Justo en el momento en que encontraba las llaves, apareció una mano desde el otro lado y se apoderó de ellas.

—Hola, Greg—dijeron todos.

—La última vez tuve que sacarlo del anfiteatro de Carter Barron —dijo Greg—. Estoy brillantemente cagada.—Puso sus libros en el Toyota; una muchacha pequeña, limpia, monótona, con un traje democrático.

—Tenemos que ayudarlo para que arranque —le dijo RT; Empujó al extraterrestre, que fue recibido por Greg—. Vamos, muéstrale. Haz ese asunto psi.

El extraterrestre tomó la mano de Greg.

—El-estilo-cristalino-es-un-affair-gelatinoso-con-forma-de-varilla-con-una-cabeza-que-gira-como-las-agujas-de-un-reloj-a-la-velocidad-de-setenta-rpm-en-una-zona-deter-minada-del-estómago-bivalbo —exclamó deleitado—. Es, quizá, la única parte del animal que puede rotar, lo más similar a una rueda que se ha encontrado en la naturaleza. Huxley lo llama una de las estructuras más extraordinarias del reino animal. Yo no lo creo.

—Llegó —aulló RT—. ¡Están real y auténticamente aquí!

Todo siguió así un rato más hasta que Greg dijo:

—De acuerdo, pero conduciré yo—y se subieron todos al Toyota con el desconocido en el asiento de adelante, entre Greg y Barlow.

—Hágase delgado —dijo RT, y así lo hizo hasta que le dijeron que tan delgado no. Tomaron la calle 21 en dirección al Memorial Bridge. RT estaba en medio de la polución.

En el sendero que conducía al puente vieron que la policía estaba deteniendo a todos. Filomena se quitó la boina de lana y la puso sobre la blonda cabellera de Barlow y comenzó a tironearle la camisa.

—Cúbrete las rodillas—le dijo. Alguien sugirió que el desconocido debería agrisarse el cabello. Cuando el policía puso la cabeza en el Toyota, Greg le dijo que llevaba a sus compañeros a ver la tumba del Presidente Kennedy. Barlow sonrió tímidamente desde su cabellera.

—Es allí donde está—dijo el extraterrestre de pelo gris, casi en voz alta. La cabeza del policía giró sobre su eje, retrocedió.

—Es allí donde está—repitió el extraterrestre, mientras subían al puente.

—¿Qué cosa?

—*Mes equipajes. Valise. Portmanteaux* —explicó el extraterrestre—. Recién me llamó.

—¿En la tumba de Kennedy?

—Eso parece—resopló Greg.

El extraterrestre le tocó la mejilla para ver cuál era el chiste.

—Desayuno en *Betelgeuse*, cena en *Denebola*, equipaje en *Arlington* —entonó, riendo. Barlow estaba enderezando la antena de la radio de Greg a través de la ventanilla. La teletipo de WAWA empezó: *Pip, pip, cordón policial pip Casa Blanca*. Estacionaron en el Cementerio Público de Arlington y se bajaron para dirigirse a pie hasta la tumba del Presidente Kennedy.

Cuando subieron al sitio de mármol, encontraron a una docena de personas, de pie junto al bordillo, mirando la llama de gas. La gran caja blanca estaba cubierta de flores, algunas de ellas naturales.

—Disculpen—dijo el extraterrestre. Se introdujo una mano en la boca y sacó una especie de micronódulo que extendió en dirección al catafalco. Cayó un ramo de narcisos y algo pequeño y brillante emitió un zumbido y aterrizó con un chasquido en la mano del extraterrestre, donde comenzó una especie de parloteo.

—Yo lo vi—dijo una mujer con pantalones rosados.

—Rápido —silbó entre dientes RT—. El protector, el distorsionador hipnótico.

—No puedo—el extraterrestre le devolvió el silbido—, hay una carga extra de estasis.

—Robando souvenirs —dijo la mujer, cada vez más alto—. ¡Yo lo vi!

—¡Que lo pague, que lo pague! —ladró RT sofocado.

El extraterrestre clavó su pequeño dedo en la cosa parloteante, que se tranquilizó. Cuando retiró el dedo, era más corto; se lo puso en la boca.

—Voy a denunciarlo—dijo la mujer, alterada. Su rostro tenía la forma del interior de una zapatilla—. Vandalismo. La tumba del Presidente. Se abalanzó hacia ellos.

Barlow se adelantó, quitándose la boina de lana.

—Tendrá que disculparlo, señora. Es el Padre del Año de la Distrofia Muscular. Devolveremos esto a su sitio —sacó el aparato de la mano del extraterrestre y lo arrojó entre las flores.

—¡El cheque por la demanda! —dijo RT. También se había ido.

Barlow los arriaba lejos del lugar de los Kennedy, a través del declive cubierto de césped, lleno de muertos comunes. Greg probó su radio una vez más. *Omnibus paragolpes-a-paragolpes, decía WAWA, poner en posición, pip, pip, las fuerzas de reserva bla-bla Pentágono*.

—¿Qué es un pentágono? —preguntó el extraterrestre.

—Eso es lo que estoy tratando de decirte —dijo RT—. El síndrome profesional militar inevitablemente se desarrolla...

—Increíble —dijo el extraterrestre. Estaban parados sobre seis ex cabos, contemplando del otro lado del río un óvalo de humo con manchitas blancas que resaltaban bajo la luz del sol.

—Los indios están enviando señales de aire puro—dijo Greg.

El extraterrestre suspiró profundamente.

—Los millones y su fuerza primordial —exclamó con reverencia—. El polvo de su paso oscurece el sol—súbitamente, un 727 que había partido del Cementerio Nacional apareció sobre ellos, dejando una estela de kerosene, y dos helicópteros de la policía cruzaron por debajo, *rrr-rrr*.—El trueno, la primitiva majestad—dijo el extraterrestre. Inhaló keroseno.

Barlow se había sentado cómodamente sobre los cabos, con los ojos cerrados.

—Terrible, terrible —dijo RT—. ¿Tú crees que podremos postularnos como miembros de las Galaxias? —se tironeó suavemente el cabello corto y volvió para ver si la gente había abandonado a los Kennedy.

Filomena permanecía silenciosamente aferrada al extraterrestre. Cambiaron de frente y ella le rodeó el cuello con el otro brazo y se besaron lentamente. El extraterrestre tenía el cabello de un hermoso rojo oscuro.

—¡Eh, ya se fueron todos!—gritó RT subiendo a toda velocidad. Empujó al extraterrestre—: ¡eh!

—Guardia a las diez en punto —dijo Barlow poniéndose de pie.

Con gesto interrogante, Greg apoyó las manos sobre el otro brazo del extraterrestre y él la envolvió con su abrazo a ella también. Así enlazados, regresaron a la tumba.

—¿Como lo conseguirán?—preguntó RT. Las flores estaban a un par de metros más allá del cordón, donde el guardián podía verlas.

El extraterrestre estrechó el abrazo que ceñía a Filomena y a Greg.

—Realmente, no deseo...—murmuró.

—Deberás—dijo Filomena—. Todas tus cosas.

—Hice las valijas apurado—dijo el extraterrestre con tono de disculpa.

—¡Vamos, vamos!—urgió RT.

El extraterrestre desenganchó un brazo de mala manera. Era un momento delicado.

—No me miren.

Cuando miraron otra vez, tenía el aparato en la mano. Un trapezoide reticular; hizo un guiño.

—Ábrelo—jadeó RT—. ¿No vas a abrirlo?

—Es tan pequeño—dijo Greg.

—Está en esta dimensión sólo en parte—explicó RT—. Ondas independientes del tiempo giran. Fase no magnética —el extraterrestre lo miraba con admiración.

—¡ Ábrelo !

Pero el extraterrestre lo sostenía dubitativamente; parecía que lo inquietaba.—En realidad ahora no necesito nada—dijo—. Más tarde. Hay tiempo—guardó el aparato en el bolsillo, lanzó una carcajada y abrazó a las muchachas—. ¡Así lo siento, y así será! Hagamos más cosas nativas.

—Podríamos comer—dijo Barlow.

Entonces volvieron al Toyota y fueron a la orilla del río Howard Johnson. El equipo Muzak del Howard Johnson estaba *diciendo Inexplicable oscurecimiento magnético bla bla bla Fort Myer*. El extraterrestre comió tres submarinos y una servilleta de papel y besó a Greg. No era vegetariano. La voz del Muzak dijo *Guardia Nacional* y advirtió a todos que no estacionaran en las rutas de emergencia reservadas para los casos de nevada. Greg trató de mostrarle al extraterrestre al menos a los Beatles que estaban en el Menú Musical, pero apareció *Hombre de la Mancha* en sonido blanco. RT comenzó a discutir el problema de las minorías. Filomena le explicó al extraterrestre que debía catabolizarse con Barlow y con RT en lugar de hacerlo con ella y con Greg. Se fue con ellos muy feliz y después de hacer algunos ajustes en la presión hidráulica,

compararon todo; el Howard Johnson estaba vacío en ese momento.

—Una sociedad totalmente enferma —dijo RT, otra vez en la mesa—, es difícil saber por dónde comenzar. Qué es lo peor, lo más malo ¿Qué impresión tienes? —preguntó al extraterrestre—. ¿Nuestra área de entropía máxima?

—¿Cuál es tu nombre realmente? —preguntó Filomena.

El extraterrestre consideró la pregunta, haciendo *tch, tch, tch*. Hasta que abriera su equipaje realmente no lo sabría.

—Grupos binarios—les interpretó RT—. Naturalmente, todos llevan números-índice. No

podemos pronunciarlo—el extraterrestre lo admiró un poco más, mientras abrazaba a Filomena y a Greg. RT comenzó a hablarle acerca de trastornos de conducta. Los ojos de Barlow estaban cerrados.

Cuando resolvieron que ya era hora de marcharse, el extraterrestre emitió un quejido y se sentó otra vez.

—El soma—dijo—. Parece que estoy inflado.

—Bueno, desInflate —dijo RT—. Tú puedes cambiar las cosas.

Vieron que la nariz se le encogía e hinchaba, y que lo mismo ocurría con sus orejas.

—Parece que no funciona —informó—. Mi sastre dijo que podría haber problemas.

—Piensa en raíces cuadradas —dirigía RT—. Raíces cúbicas. Coordenadas intergalácticas. Números primarios más altos.

El extraterrestre arrugó la frente, haciendo el intento. Luego sacudió la cabeza.—
¿No hay una forma mejor?

Filomena emitió un sonido suave.

Barlow abrió los ojos. —Esos son ustedes —dijo.

Y esos eran ellos.

—Este. Es. Un. Momento. Cósmico —anunció RT—. Oh, odiosmío. Ustedes, personas femeninas, tienen una asombrosa responsabilidad. ¿Son verdaderamente, existencialmente *conscientes*?

Filomena estaba apoyada sobre el extraterrestre con la nariz en la oreja de él.

—Fuera —dijo Barlow—. Fuera.

Cuando llegaron al Toyota la radio de Greg decía *Refugios hippies Georgetown pip estrictamente vigilados*. La calle M estaba clausurada.

—Mi tía está en Costa Rica. en un congreso de la Organización Mundial de la Salud—dijo Greg—. Yo le riego las violetas. Ella vive en Bethesda.

El Toyota se lanzó hacia el norte, atravesó Chain Bridge y subió a toda velocidad por Seven Locks Road.

—Oh, oh—gruñó RT—. La médula del exhibicionismo. Violetas africanas, pasadizos en desnivel. Mansiones con inscripciones en metal. Profanación —palmeó con rudeza los hombros del extraterrestre—. Nosotros no somos así. No miren.

Cuando entraron en tropel en la ruidosa bodega de la tía de Greg encontraron que los postigos estaban cerrados. Había una suave penumbra.

—En algún lugar hay incienso —dijo Greg. Les mostró las violetas de su tía. Algunas de

ellas tenían noventa centímetros de alto y hojas grises y plumosas.

—No —dijo Barlow. Pero permitió que Greg pusiera a Pink Floyd en el stereo. Entonces se quitó la camisa y se sentó en la moqueta de la tía de Greg y se sacó las sandalias. Luego se sacó los jeans. En la penumbra, era inmenso y robusto y resplandeciente. Desde el stereo, *Ummagumma* hacía toda clase de sonidos—. Omidios —RT estaba saliendo de su Trevira doble faz—. ¿Son conscientes? —Filomena soltó el lazo de su falda, y allá estaban ellos, bajando cierres, pelándose, tratando de no pisar la ropa, y el extraterrestre disolvió el traje de Dubinsky, todo, con excepción de los botones, que cayeron sobre la alfombra. No tenía ropa interior y su soma era desconcertante. Se sentaron en círculo junto con Barlow y el extraterrestre apretó

contra su cuerpo a Filomena y a Greg. Hubo un intervalo complicado hasta que mostró la cara.

—Dos a la vez no es posible, ¿no?

—En realidad, no —dijo Barlow.

El extraterrestre paseó la mirada de Filomena a Greg y de Greg a Filomena y luego su cuerpo no hizo más que flotar, atraído por el simple y violento imperativo de las estimulantes piernas de Filomena.

Por encima del hombro del extraterrestre, pudieron ver que uno de los ojos de Filomena parecía muy sorprendido; luego se puso en blanco y se cerró; ella se sentía penetrada, envuelta, en total empatía e incremento. RT contuvo el aliento mientras los dos cuerpos se mecían y se hundían en la penumbra del atardecer de Bethesda. Entonces el cuerpo de Filomena se arqueó dos veces en señal de finalización. El extraterrestre, sintiendo el cambio de Filomena, levantó la cabeza y se echó atrás, confundido, mientras su soma incandescente hendía el aire.

Lo que estaba por ocurrir era obvio. Pero Greg se trepó sobre el regazo del extraterrestre, y el extraterrestre se descargó dentro de ella, dentro del corazón del sol.

—Sí, oh, sí—jadeó él, y antes de que pudiera calmarse, las emociones de Greg se apoderaron de sus fibras nerviosas y su cuerpo comenzó a construirse con el de ella, hasta que Greg maulló y lo hizo rodar, fuertemente trabada, y finalmente todo acabó y él se encontró atascado otra vez, arrodillado junto a ellas, desamparado.

Entonces RT puso su mano sobre la espalda del extraterrestre y ambos se volvieron y se contemplaron el uno al otro durante un momento, y entonces el extraterrestre puso su mano sobre RT y RT hizo lo mismo con el extraterrestre y de esta forma se ocuparon de todo.

Barlow estaba en relax, sentado en el sofá modular de la tía de Greg, con el cabello de Filomena sobre sus tobillos.

—Tócalo—le dijo Filomena al extraterrestre.

El extraterrestre extendió la mano con cierta timidez y Barlow la tomó y estuvieron un rato con las manos fuertemente apretadas, mirándose a los ojos.

—A dormir—dijo el extraterrestre.

—Tal vez para soñar—coincidió Barlow quietamente, y así estaban las cosas para ellos. Greg cruzó al otro lado y puso el Quinteto de Brahms para clarinete en B menor, con Reginald Kell, lo cual estaba perfectamente bien.

Todos se levantaron ense, -uida y le mostra- ron al extraterrestre la ducha de la tía de Greg, y tomaron bebidas sin alcohol, y RT se apartó de mal humor entre las leyendas de la cocina de la tía de Greg, pero uno podía ver que el también se sentía profundamente feliz.

—Virgindad salvaje —dijo el extraterrestre, tomando bebidas sin alcohol y escuchando los motores de Beltway que estremecían las ventanas de la tía de Greg—, la immaculada grandeza de lo salvaje.

—Parece que fuéramos bisontes—rió Greg—. Ectopistas migratorias.

—Alguna gente no escucha lo suficiente —dijo Barlow.

—¿No van a desprenderse la ropa? —fastidió RT—. Oh, Gandalf. La Tierra tiene su día supremo. Yo lo estoy viviendo. El primer contacto con extraterrestres. Yo. Tú también—agregó—. Nosotros. El primero.

—La pureza del momento—el extraterrestre suspiró, lreño de felicidad.

—Vamos —dijo RT. Los empujó a todos escalera abajo y se plantó sobre la pila de botones—. Todas las grandes cosas.

—Yo no... —dijo el extraterrestre—. Estaba apurado.

RT puso el aparato reticular en la mano del extraterrestre. Tan pronto lo tocó, lanzó un *tuip* musical y el teléfono de la tía de Greg brincó en plena empatía.

—¿Esto significa más sobrecarga?—preguntó Filomena.

—No, alguien me está llamando—el extraterrestre sacudió la cabeza y presionó una faceta del trapecio. Saltó una chispa.

—Central Galáctica—resplro RT—. Tu informe, ¿sí? Esperen...

—En realidad, es local —el extraterrestre observaba detenidamente—. Cuarenta y dos al norte, huy, setenta y cinco al oeste.

—¿Eso no es la ciudad de Nueva York? —preguntó Greg,

- ¿Quieres decir... quieres decir que tú también has aterrizado en New York? —protestó RT—. Pero eres el primero, ¿no es así? ¿No es así?... Oh —se interrumpió, mientras la chispa giraba sobre su eje y arrojaba al aire una ráfaga que floreció en una lente redonda y vertical, como el parabrisas de un Stutz Bearcat de 1910.

—Ooh, aah—dijeron todos.

—El *arsenal* —suspiró RT, suspendido sobre los hombros del extraterrestre—. Lo real.

El extraterrestre se prodigaba en cuidados con la pantalla, mientras el teléfono de la tía de Greg repicaba fervorosamente. La pantalla se opacó, flotó entre el blanco y el negro y se convirtió en Julia y los Alimentos para Niños de radio WNET.

—Número equivocado.

—El sistema telefónico de New York está hecho trizas —RT se inclinó desde las alturas

para inspeccionar los dedos del extraterrestre. En esta ocasión, la pantalla se irisó en un primer plano; algo grande, descolorido y con el aspecto de una babosa.

—Oh, por favor—se agitó Filomena.

—¿Dónde tiene la cabeza?—preguntó Greg.

Lo que había en la pantalla levantó uno de sus miembros con gran esfuerzo y comenzó a sacarse instantáneas a si mismo. En una de sus elevaciones pudieron ver un felpudo con la inscripción: Crema de maníes para Dios.

—¡Eso no es extraterrestre ! —chilló RT—. Es mi padre cortándose las uñas de los pies en White Plains. ¡Interrumpan, corten, corten!

—Sería mejor que te apoyes en otro lado. Está captando tus vibraciones —dijo Filomena.

En la prueba siguiente, la pantalla se formó con un color vívido: una escena de oficina rojo-caqui, con un ejecutivo de edad diabólicamente moderno, agarrándose la rodilla en una silla con pedestal de lucita. Echó una mirada a su alrededor y el rostro se le iluminó con sincera alegría.

—¿*Frempl'vaxt? ¿Asimplaxco?*—resplandeció .

—*Vlngh*. Discúlpeme—dijo el extraterrestre con aire de duda—. No lo creo.

—Oh, discúlpeme, pensé que eran mis clientes que entraban. Mire, a propósito... ¿usted es anaeróbico?

—Bueno, todavía no deshice el equipaje.

—Sí, sí, siempre hay un problema —el ejecutivo cordial plegó los brazos alrededor del respaldo de su silla—. Sinceramente, me gustaría que llegara a serlo, me encantaría poder exhibirlo. ¿Puede creer que faltan menos de veinte años para que en esta zona se llegue al clímax ecológico? —enlazó los dedos e inclinó la cabeza a un costado alegremente—. Si no estuviera haciendo esfuerzos para ser conservador diría diez, dentro de poco apenas si necesitaremos filtros. Yo mismo he elegido el lugar más maravilloso exactamente sobre a línea estimada de légamo. ¿Qué tal? —inclinó la cabeza para el otro lado, escrutándolos—: ¿Supongo que no habrán estado espiando por su cuenta?

—Bueno, no—dijo el extraterrestre.

—Se *han* convertido en nativos —lanzó una risita, agitando ante ellos un dedo acusador. Vieron que la boca del ejecutivo ocupaba el lugar que debería haber ocupado el mentón—. Tut-tut. Una palabra de amigo, tenemos un derecho de preferencia sobre todo más allá de los veinte años. Eh, ah —echó una mirada a su consola—, Norteamérica. La *crema*. A menos que ustedes sean acuáticos, por supuesto—se dio unos golpecitos sobre los dientes de conejo, sonriendo con sonrisa idiota—. Además, no tienen ninguno de los tontos esquemas planetarios, no, no, no —pataleó nerviosamente, a la manera de un gerbillo—. Ha sido un *placer*, un verdadero placer. Ahora tengo que cortar, oigo a mis clientes —sus dedos tamborilearon, ta, ta, ta, y la pantalla quedó en blanco.

Se produjo un silencio en la ruidosa habitación de la tía de Greg

—Anaeróbico significa que no necesita oxígeno —dijo Greg con lentitud—; ¿en veinte años?

—Ellos son los malos, ¿cierto? —preguntó RT—. ¿Ustedes están aquí para ayudarnos, para impedir... no es así?

—¿Qué quiso decir con comprar a Norteamérica?—preguntó Filomena—. Quiero decir, nadie podría vendérsela.

—Aquí nadie —dijo Barlow. El extraterrestre lo miró y bajó otra vez la vista, sin tocar a nadie.

—Ustedes pueden ayudarnos a comprarla de nuevo —RT frunció el entrecejo—. ¿Qué usamos? La medida universal de la prosperidad. Extrañas especias que prolongan la vida. *Medidor* de la energía temporal del Planeta...

El trapezoide emitió un nuevo *tuip*. El extraterrestre suspiró y dio ligeros golpecitos en la base de la pantalla, que se iluminó para mostrar una repelente cabeza cubierta con una armadura verdosa y ojos de panal. —Oh, dios, más —murmuró RT.

—Salud a las quejas —carraspeó el monstruo—. Hemos escuchado, oh, por casualidad, la comunicación de ustedes. ¿Me aferro a la seguridad de que no ofendemos sus valores vitales?

—No, que yo sepa —dijo el primer extraterrestre.

—Simplemente quisiera señalar que nosotros también deploramos todo tipo de reestructuración que se haga aquí. Nos han despachado como una misión evangelizadora —el enrejado del ojo se entregó a un movimiento de rotación—. Como igual testimonio, nos sentiríamos abrumados por las perspectivas de un urgente desarrollo de este grupo anaeróbico. Estamos pensando en crear un archivo en beneficio de las especies dominantes. Se está logrando un progreso sumamente gratificante, realmente un umbral evolutivo... oh, gracias, Olaf —se interrumpió para aceptar una ligera gota verde de algo proveniente de un brazo negro articulado. Olaf desapareció de escena rápidamente, un bulbo negro y brillante.

—Bueno, esto es todo lo que quería comunicarles. Es suficiente, Olaf —palmeo la mandíbula de Olaf—. Nos pondremos en contacto cuando recupere su identidad.

La pantalla se puso en blanco.

—¿Eso significa que él nos ayudará?—estalló RT—. ¿Dónde están? ¿Qué más pasa aquí, qué más?

—¿Qué era esa cosa negra?—preguntó Filomena.

—Creo que era una hormiga —contestó Greg tranquilamente—. *Comonotus herculeanus*, tal vez. Como un centímetro de altura. Se dedica a convertir piojos.

—Ningún aliado es insignificante —dijo RT con fiereza, pero sonó a hueco. La pureza de la situación, la belleza...

Barlow se puso de pie y se levantó los jeans.

—Ya es hora—le dijo al extraterrestre—. Investigaremos quién eres realmente.

Todos se pusieron de pie. El extraterrestre plegó la pantalla, que se adaptó a la forma del enrejado. Se veía muy desdichado.

Filomena le rozó el brazo.—¿Esto va a cambiarte ?

—Nada más que mi memoria, al principio —suspiró.

Filomena se estiró y lo besó con solemnidad. Greg se empinó y lo besó también, y RT le estrechó a mano.

—Deberíamos alejarnos, puede producirse un remolino energético —se retiraron junto a Barlow, en el otro lado del pozo conversacional.

El extraterrestre quedó solo, mirándolos. Entonces levantó el trapecio y sacó la lengua y lo sostuvo sobre ella. No pasó nada. Los demás contuvieron la respiración alrededor de un minuto, al cabo del cual el extraterrestre se sacó el aparato de la boca, sin dejar de mirarlos fijamente.

Al principio pensaron que no había experimentado cambio alguno. Luego vieron que la

postura era sutilmente distinta. Los hombros estaban vencidos, la boca también, y los ojos, llenos de arrugas, seguían contemplándolos con fijeza. Gruñó.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

El extraterrestre emitió un nuevo gemido y avanzó hacia ellos a los tumbos, extendiendo las manos.—Yo... yo *ochquopl*... la palabra, por favor, déjenme que los toque...

Se aferró a Barlow.

—Estoy embarazado —dijo y apoyó la cara sobre el pecho de Barlow.

—Oh, pobrecito —Filomena y Greg comenzaron a darle palmaditas en la espalda.

—De. Todas. Las. Estúpidas. Irrelevancias. Burguesas—dijo RT furioso—. Gran perro volador hacerlo.

El desconocido gimió nuevamente y todos oyeron que se abría la puerta del vestíbulo de la tía de Greg, escalera arriba.

—¡Hora, chicos, aquí estoy!

—Hola, tía Dorothy—grito Greg. Tomó aliento—: Las violetas están bien. Espero que no hayamos ensuciado el baño. Acabamos de llegar del, del parque. ¿Cómo está Costa Rica?

—Estoy muerta—su tía le devolvió el grito—. No intenten ir al centro, hay disturbios o algo así.

Después de algunos gritos más, estaban todos de regreso en el Toyota. Greg tenía los botones del extraterrestre en un Baggie, y el extraterrestre tenía puestos los shorts de RT debajo del poncho de Filomena, y sacudía la cabeza como si lo lastimara.

—¿Realmente eres una mujer, quiero decir, una hembra? —preguntó Filomena.

—Espantoso epifenómeno —murmuraba RT—. Un tipo moderno. Huyendo de la censura social. ¿Buscando a su padre, tal vez? Ni siquiera intentaste venir acá, a la Tierra.

—Oh, lo *intenté*—las lágrimas inundaban los ojos del extraterrestre. Se las enjugó distraídamente.

—¿Cómo puedes ser tan despiadado?—desde el asiento de atrás Filomena abrazó al extraterrestre, quien le tomó las manos, agradecido, y gruñó una vez más.

—¿Adónde?—dijo Barlow, mientras Greg insertaba el Toyota en la estampida vespertina de Beltway.

—Creo que la semana pasada iban a quitar la cadena del Turkey Run Park.

—Tendríamos que conseguir algo para comer. Debes de estar hambriento, querido —dijo Filomena.

El extraterrestre asintió míseramente. Siguió mirando a Barlow y luego a la demolición de General Motors, a uno y otro lado, suspirando.

—¿Refugiados de una guerra interplanetaria? —gruñó RT—. Heredero no nacido de un imperio perdido. Oh, qué desgarrante.

El Toyota salió como una exhalación del Dolly Madison y se precipitó en el McLean Mc-Donald's.—Traeré el Hi-Prot—dijo Greg.—Y leche—agregó Filomena. El extraterrestre apoyó el paquete sobre la falda, puso encima el trapecioide y doblaron para retomar el bulevard y entrar por el atajo de Turkey Run. Más que seguro, la cadena estaba baja. En el área A del Estacionamiento había una Rural Volkswagen.

—Bajemos a ver.

—Está refrescando—dijo Filomena, mientras se dispersaban por el lugar sucio y descuidado que se extendía sobre los restos del Potomac. El extraterrestre tenía las pantorrillas musculosas y se le había puesto la piel de gallina.

—Como madre soltera tu aspecto es bastante triste —dijo RT con ponzoña—. ¿No puedes hacer algo para mantenerte en calor?

—Ojalá que lo haya puesto en el equipaje—el extraterrestre tamborileó sobre el trapecioide—. Oh, sí, aquí está —los cubrió una suave ola de tibieza. El extraterrestre tamborileó una vez más y se encontraron hundidos hasta las rodillas en un relleno de espuma invisible.

—¡Eh! —hasta RT se regocijó. Se sentía muy bien en la espuma invisible.

—Ahora cuéntenos qué pasa—dijo Greg, repartiendo la comida—. ¿Por qué estás tan triste? ¿En el lugar del que provienes el embarazo es un crimen? ¿Eres un exiliado de tu planeta?

—Planetas —dijo el extraterrestre con una especie de agudo, la boca llena. Cada vez se parecía menos a Dubinsky—. Bueno, no, en realidad es un honor. Yo fui —tocó el brazo de RT— elegido. G-gané—dejó su Hi-Prot y los contempló angustiados.

—No puedo hacerme a la idea de que eres una mujer—Filomena le dio un abrazo.

—Yo... no es... oh, es todo tan *complicado* —el extraterrestre se inclinó hacia Barlow y pareció que sus rasgos se diluían—. Yo no sabía que era tan hermoso... las dos clases y todo... todos ustedes—se sofocó y palmeó a todos a ciegas.

—¿Por qué, querido, por qué? Cuéntenos.

El extraterrestre hizo un esfuerzo.—Estaba desesperado, quiero decir, después de que me eligieron. No había mucho tiempo. Y yo había resuelto que a mi.. a mi descendencia iba a darle el mejor comienzo posible. Incluso donde yo crecí —y nosotros somos muy *vrangh*, ¿saben?— incluso allí todo era tan... nada. Tan usado. Quería darle un buen comienzo; Relevante.

Comprendían. —Por supuesto.

—Algún lugar nuevo y salvaje, pensé. Libre. Entonces recorrí toda la guía... miren—estrujó el trapezoide que expulsó un abanico de hélices—. Oh, me olvidé, ustedes no pueden. Aquí encontré este lugar. De interés sólo para estudiantes, según la guía.

—¿Nosotros formamos parte de esa lista? —RT señaló el aparato—. Eh, hace cosquillas. Engramas telepáticos—murmuró—, un objeto AK.

—En realidad, no están en un volumen muy bueno, saben. Casas de crematorio, ¿así lo llaman? Ellos tenían planeado usar este sistema para, bueno, residuos.

—Un basurero—dijo RT—. Prolijo.

—¿Qué clase de residuos?—preguntó Greg.

—Oh, desechos espaciales. No sé. Pero yo me opuse. Realmente soy muy *vrangh* —hizo un movimiento de cabeza, los ojos muy abiertos—. Un remiendo, goma de pegar. Ahora recuerdo; yo usaba un *arreatador*.

—¿Un qué?

—No importa —dijo Barlow—. Adelante.

El extraterrestre miró una vez más a Barlow y se diluyó otro poco. Vieron que estaba pareciéndose a Barbra Streisand.

—Entonces llegué aquí y todo era grandioso —se sofocó otra vez—. Tan hermoso. Todo era sí —hipó y se cubrió con una luz intermitente—. Comencé a pensar en ustedes como *pnong*. Gente. Estábamos tan bien juntos. Oh, odio tener que hacerlo aquí—se pasó la mano por los ojos.

—¿Por que no hacerlo aquí?—dijo Filomena con dulzura—. Nos gustaría tener a tu bebé.

—Espera —dijo Barlow.

—No es uno solo —dijo el extraterrestre.

—¿Cuántos?

—Treinta—molqueó el extraterrestre—. Quiero decir, treinta mil aproximadamente.

—¿De una vez?

El extraterrestre asintió, apretando la mano de Filomena, mientras los senos se hinchaban, poniéndose cremosos.

—Bueno, eso si que es mucho —admitió Greg—, pero si no podemos arreglarnos para cuidarlos, tal vez la UN...

—Sobre todo si eres rico—dijo RT—, no hay ningún problema. Hmm. Treinta mil infantes de desconocido de alto status, uy. ¿Tratados comerciales? Intercambio cultural. Conquista del espacio.

—¡No! —gritó el extraterrestre—. ¡No puedo, no puedo! No, después de haber compartido con ustedes... ¿oh, que hice?—escondió la cara en el hombro de Filomena.

—Esos chicos —dijo Barlow—; ¿qué pasa con ellos?

El/la extraterrestre alzó la cabeza y encontró la mirada de Barlow. Ahora la luz era muy potente. El o ella inspiró profundamente.

—No es como ustedes. Quiero decir, la primera etapa es casi energía pura. No hacen más que luchar y comer, ni siquiera es posible *verlos* y son terriblemente rápidos y arrasan con todo. Es por eso que ahora usamos planetas especiales. Y los enviamos como *soldados* para recoger a los sobrevivientes. Después de la tercera muda. Cuando empiezan a ser *pnongl*. Suele no quedar nada.

Los ojos del extraterrestre se estrecharon y la luz resplandecía cada vez más.

—¿Cuándo?—preguntó Barlow.

La extraterrestre se tomó el hermoso rostro con las manos.

—En pocos minutos. Tan pronto como funcione el soma.

Respiraron ansiosamente, tratando de percibir el momento.

—¿El arrasamiento comienza enseguida? —tartamudeó RT—. ¿Qué? ¿Cómo...?

Barlow se había puesto de pie. El extraterrestre seguía mirándolo con una peculiar intensidad. De pronto, todos comprendieron que entre ellos estaba por ocurrir algo irrealmente real.

—No, no —susurraba el extraterrestre, sosteniendo el trapecio—. No pueden.

—Puedo probar —dijo Barlow.

—De todos modos, es demasiado tarde. Es casi el momento—le dijo el extraterrestre.

Barlow flexionó sus grandes manos. —¿No puedes ir a otra parte?

—Busqué, busqué. En toda la galaxia—el extraterrestre lloraba suavemente y ya no parecía humano—. Oh, para mí ustedes son tan reales, es terrible, uno piensa que es un lugar salvaje y luego hay gente con todos sus...

—Sí —dijo Barlow

—¿Buscaste en las Nubes Magallánicas?—dijo Greg.

—¿Dónde? —el extraterrestre tocó a Greg para entender—. Esa es otra guía. ¿Ahí busqué? Es tan difícil pensar en estas condiciones —él o ella extrajo otra hélice de su aparato y la hurgueo con dedos luminosos.

—Nada. Nada. Espera... ¿cómo suena? Bajo el tipo *kveeth*: la suma de la unidad del perfil electromagnético. Post-glacial, artístico, sin filiación. Pero *artístico*, eso es bueno.

—¿Qué ocurre con...?—comenzó Filomena.

—¿Puedes llegar a tiempo? —la interrumpió Barlow.

—*Da. Yes. Yes. Il s'a~it seulement de...*—el extraterrestre tomó una de las manos de Barlow y pudo continuar— ...pagar por establecer las coordenadas y *frinx* el *drevath*. Oh, mi soma está funcionando.

—Adiós—dijo Barlow.

Todavía aferrado a Barlow, el extraterrestre asintió solemnemente. Entonces algo saltó del trapecoide con un veloz sonido metálico.

—Asunto transmisión, simultaneidad en el punto final —murmuró RT automáticamente.

—Nunca olvidaré la canción —dijo el extraterrestre con seriedad.

Filomena le acarició las hermosas crines.

—Te extrañaremos, querido —el trapecoide lanzó una chispa y desapareció dejando una microlámina. RT se la entregó al extraterrestre para que se la pusiera en la boca. Los dientes parecían muy activos.

—¿No tendrás ningún inconveniente? —preguntó Greg—. ¿No necesitas un médico o algo?

—No —el contorno del extraterrestre había empezado a ondularse y a disolverse como un reflejo en el agua; ellos sintieron el deslizamiento bajo las manos y trataron de retenerlo pero...

—Fue tan *threengl*, tan *plegth*—les dijo.

—Dinos el nombre de tu planeta—dijo Greg.

—Regresa en otro momento—gritó Filomena.

—Yo... *vred*, mi... oficial...

—Eh —exclamó RT—, en cuanto a la basura...

El extraterrestre pasó a un espectro discontinuo como un estroboscopio y el aire se agitó, meciéndolos.

—SUSPENDER EL FUEGO —alguien se quejó débilmente desde el área de estacionamiento.

Se sentaron en silencio en el aire cálido, mirando hacia donde había estado el extraterrestre. Del otro lado del río, los focos de mercurio resplandecían a lo largo del Canal Road y el cielo del distrito tenía el color de tigres derretidos. Las luces de un jet pasaron por debajo, girando como husos.

—¿Hubieras intentado matarlo realmente, Barlow?—preguntó Greg.

Barlow alzó las manos y las dejó caer.

—Yo me pregunto cuánto dura esto —RT punzó la blandura invisible—. Debería mostrarlo a alguien. Al Consejo Científico Nacional. A la CIA —no se levantó.

—Tengo el b-bolso lleno de botones —dijo Greg.

—¿Cómo pudo, quiero decir, cómo pudo tener hijos tan terribles? —Filomena lloraba quedamente—. ¿Qué ocurrirá con la gente del lugar a donde v-v-a?

Barlow suspiró.

—Llámame Calley —le dijo.

—Pienso que nos dejó algo de sus poderes t-telepáticos —les dijo Filomena—. Tóquenme para ver si saben qué estoy pensando.

Greg la tocó y al cabo de un minuto RT tocó a ambas.

—*¿Se repetirá alguna vez?*

Se sonaron las narices. Barlow se instaló nuevamente y miró con fijeza las altas estelas luminosas.

—La maldad y la vergüenza perduran —cerró los ojos—. Creo que regresaré a Australia